

El gozo de lo distinto

Lorenzo Ariza, al que confundí con el cantante Mikel Erentxun la primera vez que lo vi, presentaba el viernes en Cálamo su novela 'El dios de la brisa'. Pintor y escritor de la tierra, de Lumpiaque, nada menos, con residencia en Barcelona, está como abducido con las metamorfosis. Si su anterior novela, 'Samsa' (2014), era un personalísimo homenaje al inmenso Kafka, en esta se ha acercado al sustrato mitológico de Ovidio y nos presenta a un protagonista que no se encuentra a gusto en su cuerpo, ni con la vida al que ese cuerpo le obliga, y busca encarnarse en otra especie, y en otro universo, que le libere de su insatisfacción.

Su narrativa, hay que decirlo de entrada, va por libre, al margen de los cánones al uso, en temas y modos de escritura, lo que produce un goce lector que sorprende y se agradece. Precisamente de gozo hablaba el lúcido comentario que, en el último 'Artes&Letras', escribía Francisco J. López Serrano -otra de nuestras plumas más exquisitas- sobre esta novela tan

subversiva en contenido y forma que «constituye una contrametafora que traslada al terreno de lo real un proceso de transformación simbólica cuyo vehículo es el arte y la escritura, pero sobre todo la música...; una indagación sobre los límites del arte y su contigüidad con territorios imposibles como la muerte, lo inconsciente, los sueños, el delirio o lo mítico». Lorenzo Ariza, «gozosamente distinto». No se lo pierdan.

Francisco Barriendos, de Chiclana, escribió, a los diez años, una carta a Juan XXIII. Y el Papa contestó al 'niño Francisco' y desde aquel momento hasta hoy, sesenta años después, Barriendos no ha parado de escribir a los mandatarios de todos los colores y lugares del mundo demandado la paz. Su colección supera las cuarenta mil epístolas y no es de extrañar que esté en el Guinness desde 1991.

Este martes, animado por mi primo Ángel, me llegué con él al colegio Santo Domingo de Silos para ver una amplia selección de las 'Cartas por la Paz' que Barriendos ha montado en la capilla del

centro de la Bombarda. Impresionante. Francisco quiere crear en su pueblo un Museo de la Paz, donde se conservaría esa colección epistolar como aldabonazo permanente a la consecución del fin de la violencia en el mundo, ese objetivo que, pese a sus cuarenta mil misivas, no acaba de calar. Francisco, al menos, ha puesto su granito de arena.

No conocía el Santo Domingo, aunque sabía de su significación docente, y he ratificado la magnitud del centro o la impresionante población escolar que por allí ha pasado: las fotos de sus promociones de alumnos, colgadas en sus pasillos, son apabullantes. Hoy supongo que las ratios habrán obligado a moderar esas aglomeraciones... En la entrada del centro veo un busto del visionario fundador, Julián Matute. En la capilla me acerco hasta el gran mural que la preside: es del pintor M. Navarro López y está firmado en 1969.

He ido en autobús y regreso andando a casa. Un buen pedazo de Zaragoza. Alguna vez he de hacer ejercicio.